



# Sínodo de la Iglesia: “El Espíritu Santo nos necesita”

El Secretario General del Sínodo, obispo Luis Marín de San Martín, responde a nuestras inquietudes que surgen desde los confines del mundo, y evocando el Papa Francisco, nos llama a caminar en la “Iglesia del entusiasmo, que comunica esperanza y que es, de verdad, Buena Noticia”.

Por **Javiera Albornoz Montes**

Luis Marín de San Martín nació en Madrid en 1961. Es religioso de la Orden de San Agustín. Es licenciado en Teología Espiritual y doctor en Teología por la Universidad Pontificia Comillas. Su tesis versó sobre la eclesiología de San Juan XXIII, el que abrió las ventanas para que el Espíritu ingresara en la Iglesia y soplara fuerte en el Concilio Vaticano II. Es un obispo todo terreno. Ha sido párroco, consejero, guía de retiros espirituales, formador, archivista, y ha tenido una especial cercanía con laicos y laicas en trabajos pastorales, entre sus múltiples quehaceres en Roma, respondió así:

**?** *¿Qué significa una Iglesia en estilo sinodal? ¿Por qué el Papa Francisco ha optado por la sinodalidad?*

**!** La Iglesia en estilo sinodal no significa otra cosa sino la Iglesia en estilo Jesucristo. La única que existe, la única verdadera. El Papa Francisco no ha inventado nada; lo que ha hecho ha sido retomar y potenciar una dimensión esencial de la Iglesia, presente ya en las primitivas comunidades. Invito a leer los Hechos de los Apóstoles, especialmente 4,32-35 (la comunidad de los creyentes); 10,1-18 (Pedro y Cornelio); 15,5-35 (Concilio de Jerusalén).

El caminar juntos, la comunión en el camino, pertenece al ser de la Iglesia y debe manifestarse en el actuar y en el estilo. Hace referencia a la incorporación a Cristo y, por tanto, a la comunión con

todos los hermanos y hermanas, en unidad pluriforme; al carácter dinámico de la vivencia de la fe; a la implicación de todos y cada uno, según la particular vocación y llamada; al impulso evangelizador.

El Papa Francisco ha optado por la sinodalidad porque, como ha dicho claramente: “el camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio”. Es una posibilidad de renovación profunda, de reforma, según el modelo que es Cristo. No es prioritariamente un tema administrativo, ni de estructuras, ni siquiera de actividad pastoral, sino de coherencia. Se trata de abrirnos al Espíritu, que nos une a Cristo, nos constituye como Iglesia y nos hace ser testigos de la Buena Noticia. Estamos ante una oportunidad impresionante, un momento de gracia.

**?** *En una Iglesia dolida por las noticias de abusos, encubrimientos y negligencias, ¿cómo invitamos al pueblo de Dios a confiar en ella y participar?*

**!** El tema de los abusos, además de ser un hecho criminal, nos hace ver la terrible realidad del pecado en la Iglesia. Es preciso, a la luz de Cristo, mirarlo de frente, asumirlo, desarrollar procesos de purificación y sanación, con todo lo que conllevan. No podemos limitarnos a los fríos datos o la mera crónica: se refiere a personas vulnerables, a seres humanos concretos. Es un terrible escándalo que los pastores se conviertan en lobos. Creo que también debemos preguntarnos por las causas, para que sea posible sanear la fuente pútrida que ha originado el horror. A este respecto me parece que se están dando pasos firmes.

El proceso sinodal se desarrolla en un contexto concreto, en un momento histórico determinado, también con sus sombras y su realidad de pecado. Se orienta a la autenticidad y a la coherencia, para que la Iglesia sea como debe ser. Hemos sido llamados por Cristo y debemos honrar la vocación cristiana. Ciertamente todo este tema conlleva el abuso de poder, la distorsión de la autoridad, el pecado. Esto origina unas consecuencias en verdad trágicas, destructivas. En el proceso de reforma todos somos necesarios y requiere la implicación de todos.

**?** *¿Qué avances y/o logros ha tenido hasta el momento el sínodo?*

**!** Se trata de un proceso con distintas velocidades, pero, tras la fase diocesana e iniciando la etapa conti-

mental, ya se pueden apreciar evidentes luces.

En primer lugar, se ha clarificado mucho todo lo que se refiere a la realidad sinodal de la Iglesia. No solo respecto al término “sínodo”, que antes se relacionaba exclusivamente con la asamblea del sínodo de los obispos, o “sinodalidad”, palabra desconocida e incluso de difícil pronunciación. Hoy se sabe, ampliamente, que “sínodo” significa “caminar juntos” o “comunidad en el camino”. Y que pertenece a la Iglesia: toda la Iglesia es sinodal.

En segundo lugar, se percibe que la sinodalidad no es teórica, sino que implica la vida y nos abre a un proceso de renovación profunda a todos los niveles. Esto se concreta, entre otros aspectos, en la necesaria participación en la vida de Iglesia por parte de todos los bautizados. Vamos entendiendo que ningún cristiano debe ser un mero espectador en la Iglesia, sino protagonista, y que las diferentes vocaciones presentan distintos modos de seguir a Cristo, desde la igualdad básica como cristianos.

También, y esto es muy importante, el proceso sinodal nos ha abierto a la escucha y al diálogo como medios para discernir la voluntad de Dios. Nos ayuda a plantear cuestiones y a clarificar temas confusos o equívocos. Es una llamada a la coherencia y, desde ella, supone un gran impulso a la misión por parte de todos.

Por último, sin ser exhaustivo, creo que el proceso sinodal nos está ayudando a desarrollar la eclesiología de comunión y a superar esquemas erróneos, pero muy arraigados, como son el clericalismo y el asambleísmo. Estamos

ante algo mucho más importante que un reparto de atribuciones o una reforma meramente administrativa.

Sin embargo, queda mucho por hacer. Creo que debemos profundizar más en la dimensión orante, de escucha al Espíritu Santo; en la dimensión de servicio y no de poder; en la clarificación de las diferentes vocaciones y carismas; en la apertura y escucha a las periferias y a quienes se sienten excluidos; en la aceptación de la pluralidad, superando toda tentación hacia el uniformismo; en el común reto evangelizador en el mundo de hoy.

**?** *Se plantea este proceso sinodal como una instancia para “plantar sueños, suscitar profecías y visiones, permitir que florezca la esperanza, inspirar confianza, vendar heridas, tejer relaciones, despertar un amanecer de esperanza, aprender unos de otros y crear un ingenio brillante que ilumine las mentes, caliente los corazones, dé fuerza a nuestras manos”. ¿Cómo es la Iglesia que usted sueña?, ¿qué nos falta para ello?*

**!** Estas hermosas palabras tienen como referencia el discurso pronunciado por el Papa Francisco al inicio del sínodo dedicado a los jóvenes. Indican cuál es la tarea para llevar a cabo, para hacer posible, un futuro lleno de la alegría del Evangelio, siempre joven. Yo sueño con la Iglesia comunidad de amor, en la que verdaderamente se tiene la experiencia de Cristo vivo; Iglesia sencilla y humilde, servidora y solidaria, misericordiosa y fraterna; Iglesia familia de Dios, en la que se vive la unidad y se asume la pluralidad como riqueza mutua; Iglesia que ofrece, acoge y acompaña, porque es hogar;



Iglesia valiente y libre, que sale de las seguridades, que no se frena ante lo políticamente correcto y no tiene miedo a arriesgar desde Cristo y por Cristo; Iglesia que testimonia la novedad del Evangelio y ofrece al mundo una alternativa creíble porque la encarna en la vida de los cristianos; Iglesia del entusiasmo, que comunica esperanza y que es, de verdad, Buena Noticia. No debe ser solo un sueño irrealizable, sino un estímulo en el camino y una realidad que se va desarrollando.

Creo, sinceramente, que nos falta una fuerte experiencia espiritual, de oración, entendida como encuentro con Cristo y apertura al Espíritu Santo. En esto debemos insistir. Solo así superaremos los miedos que nos paralizan, las rutinas que nos empobrecen, las ideologías que nos dividen y enfrentan, el individualismo que nos bloquea, el materialismo que nos envenena. Solo así, desde la coherencia, recuperaremos el impulso evange-

lizador, la significatividad y la alegría.

**?** *Este sínodo culminará el próximo 2024. ¿Qué viene ahora?*

**!** Lo cierto es que la sinodalidad no termina nunca porque, como hemos dicho, la Iglesia es sinodal. Basta conocer el Nuevo Testamento, la Historia Antigua y los Padres de la Iglesia para darnos cuenta de ello. Esto es lo que debemos asumir como realidad, que se refiere al ser, al hacer y al estilo de la Iglesia, de toda ella y para siempre. Para lograrlo, se ha puesto en marcha este proceso con diferentes etapas todas interconectadas entre sí.

Estamos en la etapa continental, en la que cada zona reflexiona y discierne desde su propio y diferente contexto cultural: América del Norte (Estados Unidos y Canadá), Latinoamérica y el Caribe, Europa, África y Madagascar, Oriente Medio, Asia, Oceanía.

En el año 2023 tendremos una asamblea en cada continente con representantes del pueblo de Dios seguida de una reunión de obispos (febrero-marzo). Cada una redactará y aprobará un documento, que se enviará a la Secretaría del Sínodo antes del 31 de marzo. A partir de ellos se hará el instrumentum laboris (junio) para la primera sesión de la asamblea del sínodo de los obispos (4-29 de octubre). En el mes de octubre de 2024, por decisión del Santo Padre, tendremos la segunda sesión de la asamblea del sínodo de los obispos. Veremos cuáles son las indicaciones y los desarrollos, pero se continuará en esta circularidad del proceso.

Animo a que en los grupos, en las parroquias, en las diócesis, se siga avanzando en dos aspectos. Por una parte, desarrollar lo dicho en las síntesis diocesanas y nacionales, que ofrecen muchas ideas y pautas para los planes pastorales; por otra, leer el documento para la

etapa continental, reflexionar juntos y sacar conclusiones respondiendo a las tres preguntas que aparecen en el n. 106 de dicho documento.

Sin duda alguna, en la Secretaría del Sínodo estamos disponibles para aclarar, acompañar y ayudar en lo que sea necesario.

**?** *¿Qué mensaje le dejaría al Pueblo de Dios, respecto de su compromiso y participación con su Iglesia?*

**!** Que merece la pena vivir la fe cristiana porque el Señor siempre es fuente de verdadero entusiasmo. Solo él da sentido a todo y solo en él encontramos respuesta. Pero es necesario experimentar a Cristo, no quedándonos

en un acercamiento meramente intelectual o en la sola acción. Fuera de él hay soledad, frío y oscuridad. A Jesús resucitado no lo podemos encerrar a un concepto, un código o una ideología; ni hacer del cristianismo una ONG o un grupo piadoso. Creo que estamos en un momento crucial, una oportunidad única para ser coherentes desde el conocimiento experiencial de Cristo que nos lleva a vivir la comunión como Iglesia. Ser un “nosotros” (unión en Cristo y, por tanto, con los hermanos y hermanas) para la vida del mundo. Solo de este modo seremos creíbles.

Pero, evidentemente, Dios no se impone, sino que se propone. Requiere nuestro compromiso para el bien de la Iglesia.

Todos los que somos parte de ella debemos estar disponibles, ser generosos y decididos. Los cristianos no podemos resignarnos a ser solo espectadores o meros consumidores de sacramentos, a quedarnos en la retaguardia. Se nos llama a algo grande, a una experiencia de vida. Dilatemos, pues, los espacios del corazón. Superemos, de una vez, los miedos, los egoísmos, la agresividad ideológica, los ineficaces lamentos. Llegan tiempos de esperanza: “Miren, yo realizo algo nuevo. Ya despierta ¿no lo notan? (Is 43,19). Impliquémonos, participemos. Como ha dicho el Papa, el Espíritu Santo nos necesita.

